

Actualidad del Pensamiento del Aquinate en la Cultura Moderna

Discurso del MRP Aniceto Fernández, Maestro General de los Dominicos en el Congreso Internacional Tomás de Aquino ()*

Santo Tomás que, según la feliz expresión de Pío XI, «habita aquí como en su casa», hoy, con la visita de Vuestra Santidad, recibe el más alto honor dentro del marco del séptimo centenario de su muerte.

Todos los eminentes congresistas están conmovidos y lo agradecen de corazón.

Si, como escribe santo Tomás, «el honor es cierta declaración de la excelencia de la bondad de alguno y puede ser también considerado con relación al que honra» (II-II, 103, 2), he aquí que el honor que hoy confiere el Vicario de Cristo al Doctor común de la Iglesia, es verdaderamente el máximo, ya en razón de la persona que honra, ya en razón de la persona que es honrada.

Esta demostración que «testificationem quandam importat» (1 c., a 1), Vuestros Predecesores la expresaron al Santo todavía en vida. Gregorio X lo llamó al Concilio II de Lyon y, sólo por obediencia al Papa, ya enfermo, se puso en camino desde Nápoles, sin alegar excusas, por lo demás legítimas. Y en este acto de obediencia al Papa y a la Iglesia, murió en Fossanova, declarando, después de su admirable profesión de fe en la Eucaristía, que sometía íntegramente sus escritos «al juicio de la Santa Iglesia Romana, en cuya obediencia ahora dejo esta vida» («Legenda beati Thomae», n. 59).

Santo Tomás, aun no habiendo podido participar en el Concilio de Lyon, participó con su doctrina en los mayores Concilios que le siguieron: Florencia, Trento, Vaticano I y II. Sería largo enumerar aquí la serie de Romanos Pontífices que han dado muestras de estima

(*) Texto original en *Osservatore Romano*, 22-23 abril, 1974.

y recomendado los escritos del Santo como consta en la obra del P. Ramírez: «De auctoritate doctrinali S. Thomae», tan sólidamente documentada. Pero encontrándonos aquí en esta Universidad, cuya edificación es debida a la munificencia de S. Pío V, séame lícito recordar que fue él quien lo proclamó Doctor de la Iglesia en 1567, diciendo: «certissima Christianae Regula doctrinae, qua S. Doctor Apostolicam Ecclesiam, infinitis confutatis haeresibus, illustravit» (Bula «Mirabilis Deus», 11 abril 1567). «Por medio de la segurísima regla de la cristiana doctrina, el Santo Doctor ilustró la Iglesia Apostólica y refutó muchísimos errores». Esta constante y unánime recomendación, confirmada en diversas ocasiones por Vuestra Santidad, demuestra —como dijo el Card. Billot— que no es éste o aquel Papa el que habla, sino el mismo Pedro, Vicario de Cristo.

Y me place poder decir a Vuestra Santidad que el clima general del Congreso es señal manifiesta de un retorno al espíritu y a la doctrina de Santo Tomás. Y lo mejor de este renacimiento tomístico es que no parece una moda efímera ni un retorno para repetir materialmente su doctrina, sino más bien un retorno abierto y dinámico para profundizarla mejor y conocerla mejor en su autenticidad y considerarla también bajo ángulos o aspectos nuevos, que sólo hoy se pueden considerar y que pueden llevar una gran luz a los graves problemas de la sociedad y de la Iglesia.

Y me apresuro a decir que no se trata de olvidar siquiera y, menos aún, de despreciar a los filósofos modernos. Si lo hiciéramos, procederíamos claramente contra el espíritu y la enseñanza y la doctrina de Santo Tomás que aceptaba la verdad donde quiera que se encontrase.

No se pueden negar los grandes progresos logrados en la ciencia, en la filosofía y en la teología, por los cuales muchos problemas han sido mejor esclarecidos y muchos aspectos de la verdad han aparecido bajo una nueva luz. Mucho hay también de bueno, de bello y de verdadero en la filosofía y teología modernas, que merece ser claramente defendido y promovido, pero precisamente aun por esto es urgente y necesario el retorno a Santo Tomás.

Su doctrina servirá no sólo para disipar nubes y extirpar plantas nocivas, sino también para crear el clima bueno y el terreno adecuado para que puedan germinar flores y provenir frutos de la óptima doctrina del Concilio y del postconcilio.

Sin duda uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II es la recomendación y decisión de que la Iglesia católica mantenga una mayor apertura y una mayor comprensión, mayor amabilidad, mejores relaciones y más comunicaciones con todos los hombres, empezando por los hermanos separados, los judíos, los musulmanes, los creyentes en Dios de otras religiones y hasta con los no creyentes o ateos o indiferentes.

Y la raíz de esta innovación y nueva posición de la Iglesia y el

consiguiente éxito, hay que buscarlo en la caridad y en el amor, como indicó Vuestra Santidad al fin del Concilio. Se puede decir que la renovación de la Iglesia ha venido siempre por un nuevo fervor y una nueva manera de entender y practicar la caridad; y esto no puede maravillar a nadie, porque si la esencia del cristianismo es la caridad y el primer mandamiento es el amor, la renovación de la Iglesia ha de nacer siempre necesariamente de un mayor fervor, perfección y dilatación de la caridad.

Pero tampoco se puede negar que esta nueva mentalidad, tan laudable, puede, si se interpreta mal, como ha sucedido no raramente, debilitar la fe o deformarla o puede favorecer el indiferentismo.

Para la recta inteligencia y prudente práctica de esta nueva e importantísima mentalidad; para conservar íntegra la armonía entre fe y razón; para ser abiertos y amables con todos aceptando la verdad y el bien dondequiera se encuentren; para no ceder un ápice de la doctrina revelada ni de las verdades y derechos de la razón, que la Iglesia siempre ha defendido más que cualquier otra sociedad, para colocarse en una posición imparcial, tranquila y serena, respecto a todas las doctrinas y culturas antiguas y modernas; para librarnos de muchos equívocos, falsas presuposiciones y graves errores; para salir de tanta confusión y extravío; para promover tantas cosas buenas, nuevas orientaciones como ciertamente hay en la cultura de la sociedad moderna; para librarse de exageraciones y abusos que envenenan, de resistencias injustas que impiden la germinación de óptimas iniciativas, la doctrina de Santo Tomás brinda calidad en grado eminente como ninguna otra.

Santo Tomás es el filósofo y el teólogo modelo que con dedicación infatigable se ha consagrado a la investigación de las cosas humanas y divinas con serena y prudente audacia y con la mayor libertad de espíritu acogiendo siempre generosamente cualquier partecita de sabiduría y ofreciendo todo con modestia ejemplar al servicio de la verdad y de la humanidad. Esta posición constituye un verdadero «signo de los tiempos» en el sentido indicado por el Papa Juan XXIII, por el Concilio y por Vuestra Santidad.

Otra cualidad constante en toda la filosofía de Tomás, por la que emerge sobre todos los otros filósofos y por la que se halla en armoniosa conformidad con la mentalidad moderna, es su máxima solitud en fundamentar siempre la investigación filosófica en el conocimiento del mundo sensible y por tanto en la experiencia y conocimiento de los sentidos.

Otra cualidad actualmente muy necesaria en relación con la exagerada actividad de los tiempos modernos, es la contemplación, y Santo Tomás continúa siendo el modelo más esplendente de la vida contemplativa-activa que distingue los grandes maestros de la humanidad.

Toda su vida, aun en la más intensa actividad, es un continuo con-

templar y comunicar a los otros lo que ha contemplado «contemplari et contemplata aliis tradere» (S Th. II-II, 188, 6). Para comprender tal contemplación no basta admirar y alabar su vigor especulativo y su infatigable actividad de estudio, docencia, predicación y escritor; es menester sobre todo tener en cuenta la fusión y armonía de todas estas diversas actividades y del estado o condición permanente de vida al servicio de la caridad.

Santo Tomás es el gran mensajero de aquella sabiduría que ilumina la totalidad de la persona humana hasta la profundidad de su ser y la impele sobre todo a amar.

Es importante tener bien presente que el objeto de la contemplación de Tomás no son las ideas puramente abstractas como han hecho muchos filósofos en diferentes épocas de la historia, sino la realidad del misterio de Dios y la realidad del cosmos y del homo, realidad que tanto temen los modernos.

Por eso no se limita a armonizar fe y razón, sino que procura analizarlas y distinguirlas indicando claramente los límites y la competencia de cada una. Sólo así es posible la verdadera armonía y coordinación.

No podemos menos de mencionar la cualidad eminente de la doctrina de Tomás que es de suma actualidad, o sea, la referencia a la unidad del cosmos y de la humanidad.

Su concepción o visión al respecto es verdaderamente grandiosa y, en esta época de tantas discriminaciones injustas y de extraordinarias conquistas del espacio, puede dar origen a desarrollos de gran utilidad para el hombre de hoy y para la evolución del universo y de la humanidad.

Esta unidad del cosmos y de la humanidad no es estática sino dinámica, ya por su finalidad, porque todos los hombres tienen el mismo fin que no puede ser otro que el mismo Dios, ya porque el camino para llegar a tal fin es la paz que nace de la caridad y del amor hacia Dios y hacia los hombres; y todas las creaturas no sólo son atraídas hacia Dios sino que por medio de las intrínsecas facultades y capacidades operativas recibidas de Dios caminan por sí mismas hacia el fin y cooperan con El a la actuación de su gobierno sobre el cosmos y sobre los hombres.

Se encuentran en Santo Tomás muchas otras doctrinas de gran valor e interés para la sociedad moderna, como son la unidad en la historia de la salvación, la importancia del misterio de la Encarnación, las relaciones entre ley mosaica y ley evangélica, las perspectivas sacramentales especialmente en la Eucaristía, la consideración del hombre como imagen de Dios, etc...

Pero no podemos menos de recordar su bellísima y tan profunda doctrina sobre el Amor creador y salvador. Estos dos amores no son considerados como separados y casi independientes, sino como un

solo amor que crea para salvar y ordena y subordina toda la creación a la salvación.

Tal doctrina es de suma importancia para un diálogo serio con cualquier otra religión y aun con cualquier otro hombre de nuestra sociedad.

Me limitaré a citar un pensamiento de Santo Tomás: «Todos los seres —dice— antes de empezar a existir, estaban como encerrados en la mano de Dios, esto es, en su potencia. Pero la mano se ha abierto con la llave del amor, y entonces han aparecido las creaturas». Bella metáfora para enseñar una verdad tan profunda. Las obras del P. Santiago Ramírez, especialmente los cinco volúmenes «de hominis beatitudine», y los cuatro «De analogía», demuestran, como ningún otro, la riqueza, perennidad, fecundidad y actualidad de la doctrina de Santo Tomás.

Este Congreso en el que participan más de mil quinientos congresistas y con gran entusiasmo, esperamos que confirme esta nueva renovación del tomismo.

Es nuestra esperanza, confortada con la presencia de Vuestra Santidad, a la que pedimos humildemente la paternal bendición.

(Trad. I. FARRERES)